

## V.

Al entrar en el terreno propio del positivismo materialista, cúmplenos advertir ante todo, que su discusión completa exige un libro, y no es posible encerrarla dentro de los límites naturales de un artículo. La tesis materialista contemporánea es muy compleja, pudiendo decirse que envuelve á la vez la negación de la teodicea y de la moral, de la cosmología y de la psicología. Por esta razón, vamos á circunscribir nuestras reflexiones á la doble tesis de la negación de Dios y del alma como espíritu ó ser inmaterial. Demostrar que el materialismo no tiene derecho ni razón en estas dos tesis, equivale en realidad á demostrar su falsedad radical y universal, porque ello es innegable que constituyen las tesis fundamentales en que se resumen y condensan todas las demás afirmaciones y negaciones de la escuela materialista.

*No hay Dios*, nos dice el materialista de nuestros días, repitiendo la palabra del impío á que aludió la Sagrada Escritura hace ya muchos siglos: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus*. Dios es una quime-

ra, un producto de la imaginación humana, una ficción sin realidad, repite el positivista contemporáneo, haciéndose eco fiel de Epicuro y de Lucrecio.

Sin duda que para establecer una negación tan radical y absoluta, y sobre todo para enunciar una tesis de tanta trascendencia en el orden científico, lo mismo que en el moral, social y religioso, nuestro materialista se halla en posesión de pruebas y razones evidentes, á la vez que de soluciones claras é innegables para los argumentos en pró de la tesis contraria. No parece lícito poner en duda esto; mas para convencernos de que es así, oigamos á uno de los representantes principales y mas fervientes del positivismo materialista: «Siendo cierto que no hay ideas innatas, también es *positivo* y *evidente* que la idea de Dios, de un ser supremo y personal que ha creado el mundo, le gobierna y le conserva, no puede ser innata, y que están en el error cuantos sostienen que esta idea es necesaria y está implantada en el hombre, siendo por consiguiente irrefutable. Los sectarios de esta doctrina alegan que no hay pueblo ni individuo alguno, por salvaje ó poco civilizado que sea, en el que no se encuentren la idea de Dios ó la creencia en un ser superior é individual. Sin embargo, el exacto conocimiento y la observación imparcial, tanto de los individuos como de los pueblos, en el estado de la naturaleza, demuestran precisamente lo contrario. En efecto; solo las gentes preocupadas pueden hallar en el culto que

los antiguos y los modernos han tributado á los animales, alguna analogía con la creencia propiamente dicha de un Dios... Algunos viajeros ingleses que han estado en la América del Norte, refieren que son muy limitadas las ideas religiosas de los indios del territorio del Oregon. Es muy dudoso que tengan noción alguna de un Ser supremo... Los *caloches*, tribu india, no tienen culto exterior alguno, y representan al Ser supremo en forma de cuervo.» Sobre este tono está escrito todo el capítulo destinado á probar que no hay Dios, reducido todo él á citar tribus y pueblos que no tienen idea de Dios, en opinión de algunos historiadores y viajeros. A esto y solo á esto se reduce la argumentación con que Büchner pretende demostrar la no existencia de Dios en la obra que lleva por título *Fuerza y Materia*.

Lícito nos será por lo tanto discutir, siquiera sea ligeramente, el valor científico y real de semejante argumentación.

Dejando á un lado aquello de *siendo cierto que no hay ideas innatas*, dando por resuelto un problema de solución difícil por su naturaleza, y mucho más insoluble para el positivismo, que solo admite como legítimo el método experimental y sensible, lo primero que en el pasaje citado llama la atención es la deducción *positiva y evidente* de que no existe Dios, puesto que no tenemos idea innata del mismo. Sin duda que Büchner y sus correligionarios en filosofía se creen con derecho á

prescindir de la lógica, ó mejor dicho, á formarse una para su uso particular, como se creen con derecho para prescindir de Dios. ¿Es por ventura que la existencia de Dios y la demostración de su realidad descansa exclusivamente en la hipótesis más ó menos probable de las ideas innatas? Tanto valdría decir que Aristóteles, y Cicerón, y san Agustín, y santo Tomás y Bossuet fueron ateos, ó que al menos debieron profesar el ateísmo, toda vez que no admitieron las ideas innatas. Esta sola reflexión basta y sobra para reconocer el valor científico de la argumentación presentada por el filósofo alemán para negar la existencia de Dios, puesto que toda ella descansa sobre la hipótesis sobreentendida, y no menos gratuita y falsa, de que la realidad objetiva de Dios solo puede probarse por medio de la teoría de las ideas innatas.

No: la existencia de Dios en el orden científico, de la razón y de la lógica, no depende de la existencia ó no existencia de las ideas innatas. Suponiendo y concediendo que no existan estas, y hasta que no exista ninguna de esta clase, siempre quedarán en pie las varias razones y pruebas con que la razón humana, apoyándose sobre la experiencia y sobre los hechos positivos con más exactitud y buena fé que los materialistas, demuestra la necesidad y existencia de Dios. El argumento *cosmológico* basado sobre la contingencia experimental y positiva de los seres mundanos, por una parte, y por otra sobre la imposibilidad real

y lógica del *processus in infinitum* en la serie de causas y de efectos; lo mismo que el argumento *fisico-teológico*, basado sobre el orden, la armonía y la belleza *experimentales* y *positivas* en el mundo, que acusan de la manera mas evidente, y hasta en cierto modo experimental, positiva y tangible, la existencia de una inteligencia suprema, causa supracósmica de la existencia y gobierno del universo, y razon suficiente de su unidad, argumentos son y demostraciones completamente independientes de la existencia ó no existencia de las ideas innatas. Luego es un verdadero sofisma, una argumentacion impropia de un hombre serio, afirmar y deducir la no existencia de Dios, tomando por base y premisa la no existencia de su idea innata. Para que semejante argumentacion fuera concluyente y científica, su autor debiera haber demostrado de antemano que la existencia de Dios, *solamente* puede probarse por medio de su idea innata, cosa que en verdad no se ha acordado de probar, ni es fácil que lo verifique el autor de la *Fuerza y Materia*.

Por lo demás, debemos añadir que aun colocada la cuestion en el terreno estrecho é hipotético en que la coloca el escritor citado, su argumentacion está muy lejos de reunir los caracteres, no diremos de una demostracion, pero ni siquiera de una razon de sólida probabilidad. Para convencerse de ello basta tener presente: 1.º que las relaciones y datos suministrados por los viajeros é historiadores sobre esta materia, no

siempre reúnen las condiciones críticas que pide el carácter absoluto de sus afirmaciones y conclusiones: 2.º que aun admitida la veracidad y exactitud de los datos y apreciaciones que en el citado capítulo se mencionan, siempre quedarían muy por debajo de la veracidad, exactitud y número de hechos y afirmaciones que indican y comprueban la existencia de la idea y culto de Dios en la raza humana. ¿Qué son ni qué significan, en efecto, algunos hechos aislados de algunas tribus ó naciones salvajes, en comparacion del inmenso número de tribus, de naciones y de civilizaciones, que la historia nos presenta reconociendo y adorando á Dios? Luego aun limitándonos al terreno estrecho y concreto elegido por el corifeo del materialismo ateista, su argumentacion carece de todo valor á los ojos de la razon, de la ciencia y de la sana crítica.

Y es que lo que Büchner llama idea innata de Dios, y lo que nosotros apellidaremos sentido comun del género humano, se halla en necesarias é íntimas relaciones con lo que constituye la prueba ó argumento *moral* de la existencia de Dios. El hombre es regido por una ley moral que encuentra escrita en su corazon, ley grabada profundamente en el fondo de la conciencia, y que desde ella, como desde un santuario, agita, anima y vivifica al hombre del mundo pagano y del mundo cristiano. A la luz de esta ley, y bajo su direccion espontánea, indeclinable y perenne, el hombre discierne el bien y el mal moral; siéntese domi-

nado irresistiblemente por el primero, siéntese impulsado por el sentimiento profundo del bien moral hácia un Ser que se revela en su conciencia; como su bien sumo y como su supremo legislador. El hombre experimenta que no es él el autor de su conciencia moral; lejos de eso, siéntese dominado, subyugado, determinado por ella, inferior á ella. En otros términos: la conciencia moral reconoce en sí misma la existencia de un doble factor, un factor humano y subjetivo, subordinado á otro factor divino y objetivo: el hombre siente y experimenta á Dios en su conciencia: la ley moral conocida, sentida y experimentada en la conciencia y por la conciencia, es la revelacion experimental de un Legislador divino.

Bien sabemos que el materialismo pretende apoyar su tésis ateista echando mano de argumentaciones, aunque distintas, no superiores en valor científico á las presentadas por Büchner en su obra citada. La experiencia nos demuestra que los fenómenos de la naturaleza se realizan con sujecion á leyes inmutables y fijas: luego no existe causa alguna superior ó inteligente, capaz de intervenir en la produccion de los fenómenos, los cuales no son mas que trasformaciones de la materia y de la fuerza ó movimiento que le es inherente, con sujecion á leyes estables y fijas. Esta argumentacion, reducida á términos precisos y concretos, equivale á la siguiente: «No existen milagros, ni providencia particular: luego no existe Dios.»

Por de pronto, salta á la vista la ilegitimidad de semejante deducción. Si la lógica significa algo, la no existencia de los milagros no conduce *necesariamente* á la negacion de Dios. ¿Es por ventura que la inmutabilidad absoluta de las leyes naturales, dado que existiera, excluye la necesidad del origen primitivo de estas leyes? ¿Con qué derecho deduce esta afirmacion la escuela positiva, que hace profesion de no afirmar ni negar mas que lo que consta directa é inmediatamente por la experiencia? ¿Dónde está la experiencia que presenció el origen, el primer paso, la primera manifestacion y como el despertar inicial de las leyes naturales?

Hay mas todavía: aun cuando existiera esa experiencia primitiva, solo serviria para hacer constar la existencia de la ley, pero no para demostrar que esta ley existe por sí misma, sin dependencia alguna de otro ser. Porque el reloj, una vez construido y puesto en movimiento, sigue una marcha uniforme y constante, ¿debemos ó podemos inferir legítimamente que no supone ni exige la accion y la causalidad del relojero?

Y téngase presente que todo esto tiene lugar aun en la hipótesis de que fuera cierto que la inmutabilidad y fijeza de las leyes de la naturaleza son tan absolutas que excluyen el milagro y toda intervencion divina en la marcha de los fenómenos naturales, hipótesis cuya realidad no ha demostrado hasta ahora

ni demostrará jamás el materialismo. La existencia y realidad de algunos milagros reúnen todas las condiciones de verdad y todos los caracteres que exigir puede la crítica mas científica, mas rígida, mas inexorable y hasta nimia, pudiendo decirse que entran en el cuadro de la ciencia experimental y positiva.

Por otra parte, y abstracción hecha de todo milagro, para todo hombre sensato, para todo hombre libre de la preocupación materialista, la inmutabilidad y fijeza de las leyes naturales no excluye la posibilidad de su modificación por el concurso ó intervención de causas libres. Cualquiera que sea la inmutabilidad de esas leyes, es innegable que la actividad libre del hombre puede modificarlas en varios sentidos, variar su dirección, multiplicar sus aplicaciones; que no otra cosa representa y significa la industria en todas sus grandes maravillas y aplicaciones, sino el resultado de la intervención, y, por decirlo así, de la intercalación de la acción libre del hombre en la acción necesaria de la naturaleza y de sus leyes. Y si el hombre, actividad finita, imperfecta y débil, puede modificar el curso, las fuerzas y la dirección de la naturaleza y de sus leyes, á pesar de su inmutabilidad y fijeza, con mayor razón podrá realizar esto Dios, actividad infinita, sin que su intervención, ó providencia, para llamarla por su propio nombre, destruya la inmutabilidad y fijeza que á las fuerzas y leyes de la naturaleza corresponden.

## VI.

Digamos ya algunas palabras sobre la otra tesis fundamental del materialismo positivista de nuestros días.

Cabanis habia dicho: *El pensamiento es una secreción del cerebro*. Vogt, adoptando la doctrina de Cabanis, la reduce á una fórmula mas explícita, á la vez que mas en armonía con la teoría materialista, reproduciendo la concepción de Cabanis en los siguientes términos: *Entre la inteligencia y el cerebro hay la misma relación que entre la bilis y el hígado, ó entre la orina y los riñones*. Esto vale tanto como decir que así como podemos recoger en una botella la bilis ó la orina, podemos también llenar algunas botellas de inteligencia y pensamiento. En el reino de Tunquin y en algunos otros pueblos semisalvajes, suelen comer crudo, ya el hígado, ya el corazón de los hombres que al morir dan pruebas de valor, con el objeto y en la persuasión de hacerse ellos valientes por este medio tan estúpido como repugnante á la naturaleza humana. Lástima es que los materialistas no se dediquen á

recoger frascos de inteligencia, estableciendo boticas para su espendio, el cual seria sin duda abundante, si es cierto que *stultorum infinitus est numerus*. Y esta extraccion y composicion, ó combinacion quimica, no deberá ser difícil, si es cierto, como afirma Moleschott, que el *fósforo produce pensamientos*.

Büchner, á pesar de toda su reconocida é incontestable despreocupacion materialista, no pudo devorar estas fórmulas lisas y llanas de sus correligionarios, considerándolas, sin duda, demasiado fuertes; y procuró dulcificar su aspereza diciendo que el cerebro no segrega materias palpables, sino *fuerzas*, lo cual equivale á decir que el pensamiento es una fuerza ó movimiento del cerebro. «La secrecion del hígado, dice, y de los riñones tiene lugar sin nuestro conocimiento, de una manera oculta é independiente de la actividad superior de los nervios, y produce una materia palpable; la actividad del cerebro no puede verificarse sin completa conciencia de ella, ni segrega sustancias, sino fuerzas.»

Segun el principio fundamental del materialismo moderno, así como no hay materia sin fuerza, tampoco hay fuerza sin materia. Segun descubrimientos mas ó menos comprobados de la física moderna, una cantidad dada de movimiento se trasforma en calor, y una cantidad de este en movimiento; de donde infiere el materialismo que el pensamiento no es mas que una trasformacion del movimiento, ó sea un movimiento del

cerebro en relacion con la estructura, la forma y la organizacion de este.

Si el materialismo se limitára á decir que en el hombre el ejercicio de la inteligencia supone y va acompañado del movimiento del cerebro, seria aceptable su tésis, bien que con ciertas reservas. Empero desde el momento que identifica la inteligencia con la masa cerebral; desde el momento que afirma que el pensamiento es el movimiento mismo del cerebro, entra en el terreno de lo gratuito y de lo absurdo. Por una parte, es incontestable que, por mas que se ponga en tortura la imaginacion y la razon, jamás descubrirán identidad entre el movimiento local y el fenómeno psicológico que llamamos pensamiento. Por otra parte, si este es un movimiento, preciso será que recorra un espacio mayor ó menor en un tiempo dado, que se verifique en una direccion determinada, recta ó curva, con velocidad mayor ó menor, etc., porque estas son leyes y caracteres inseparables de todo movimiento de una materia. Mientras Büchner y Moleschott no nos digan si el movimiento de la materia que constituye el pensamiento es un movimiento recto ó curvo, intenso ó remiso, así como el número de kilómetros que puede recorrer en un tiempo dado, estamos en el derecho de rechazar su teoría, la cual, por mas que otra cosa parezca á primera vista, es tan grosera y materialista en el fondo como la de sus colegas Cabanis y Vogt.

Se creará, sin duda, que el positivismo materialista